



uerpo de mujer, fantasía de pecado

Body of Woman. Fantasy of Sin

*Marcela María Arango Carballo**

* Estudiante de tercer semestre de Historia y de quinto semestre de Comunicación Social en la Universidad Pontificia Bolivariana.
Correo electrónico: marcela.arangoc@gmail.com

Artículo recibido el 14 de septiembre de 2012 y aprobado para su publicación el 2 de noviembre 2012.



Resumen

El presente artículo pretende hacer una breve reconstrucción del imaginario medieval en torno al cuerpo femenino, argumentando que este, para los hombres de la época, era una perversión en sí mismo. Se hará un recorrido por las principales ideas en torno a la concepción de la mujer como la representación física del pecado y puntualizará en la influencia de la Iglesia católica sobre dicho imaginario.

Palabras claves:

Cuerpo femenino, Edad Media, Pecado, Serpiente, Iglesia.

Abstract

The following paper aims to expose the way in which the medieval imaginary regarded the body of women, arguing that at that time men considered it to be evil itself. The paper exposes the main ideas surrounding the conception of woman as the physical representation of sin and it emphasizes in the influence exerted by the Catholic Church in such an imaginary.

Key words:

Woman's Body, Middle Ages, Sin, Snake, Church.



Introducción

La vida cotidiana del mundo medieval es una representación. En todos los tiempos comprender los secretos de la naturaleza, los misterios del organismo y los designios divinos, son los fines a los cuales se dirigen casi todos los esfuerzos de los hombres; en la Edad Media, como respuesta a dichos problemas, se creó una serie de imaginarios o representaciones que terminaron por convertir la vida cotidiana en una emulación de ellos. A cada miedo, a cada incógnita, a cada cosa inexplicable le correspondía una analogía terrenal.

El desorden femenino

“En el occidente medieval el ejercicio de la actividad sexual está ligado al temor [...] que inspira una ley moral o religiosa cuya transgresión llena al hombre

de horror sagrado” (Jacquart & Thomasset, 1989, págs. IX, X). Las mujeres serán protagonistas de ese miedo, pues en sí mismas eran una incitación sexual.

El mundo medieval es un mundo de hombres, pero más que de hombres, de clérigos; por lo tanto el cuerpo femenino fue para ellos la representación directa de la sexualidad. Ellas eran concebidas como seres discontinuos, amenazadores, prohibidos. Aristóteles, quien logra influenciar parte del pensamiento medieval a través de las traducciones hechas por árabes, afirmaría, entre otras cosas, que las mujeres estaban privadas de una racionalidad capaz de gobernar sus pasiones.

Si la mujer es pasional y la pasión es desorden, entonces la mujer es desorden, y precisamente una de las mayores obsesiones de la iglesia católica era el orden. Reglamentar todos los aspectos de la vida diaria fue la única solución que el clero encontró para el control de las gentes; sin embargo, la figura femenina amenazaba con acabar dicho orden, puesto que los impulsos carnales producidos por ella podían alterar el equilibrio en la vida social y doméstica, muy especialmente en la de los hombres.

Es por esto que, además de las normas, “para todo el mundo” las mujeres tenían otras especiales. La presencia pública, la gestualidad, la curiosidad, la alimentación, la caridad, la apariencia física, la vestimenta, la sumisión, la educación, etc., fueron reglamentadas por la iglesia. Existieron miles de especificidades sobre cómo la mujer debe comportarse en público, cómo debe hablar para que su “perversa locuacidad” no altere el orden, cómo debe trabajar para evitar caer en los deseos y corromper aún más la integridad de sus cuerpos.

Es realmente importante ver la manera como el desorden, a pesar de no ser un pecado, se convierte en ello con la presencia femenina. “Según el génesis, la mujer se encuentra en el origen del pecado, pues convence al hombre de *desobedecer*¹ a Dios” (Verdon, 2006, pág. 77). Y ¿qué puede ser peor que un ser que en su condición natural atente contra el orden divino?

1 La itálica no aparece en la cita original, fue agregada por la autora con ánimo de resaltar en el concepto orden-desorden.

El pecado hecho carne

En el mundo cristiano medieval al cuerpo humano se le otorga un papel esencial, pues según San Agustín, en el hombre mortal lo espiritual se manifiesta en forma corporal. Jacques Le Goff (1996), en su texto *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*, plantea que para “el hombre de la Edad Media lo sagrado se revela con frecuencia en ese turbador contacto entre lo espiritual y lo corporal” (1996, pág. 42).

El cuerpo femenino es una metáfora del mal, pues se presenta al hombre como provocación del pecado, o sea del diablo. En palabras de Le Goff: “la abominación del cuerpo y del sexo llega al colmo en el cuerpo femenino” (pág. 41). La mujer es, en sí misma, un pecado solo en oposición al hombre, si el macho no existiese entonces la hembra no sería tentadora.

Para explicar esto último nada mejor que las palabras de Chiara Frugoni al afirmar, en el libro editado por Georges Duby (1992), que las mujeres no debían esforzarse en pecar “porque su cuerpo mismo las empuja inexorablemente a la transgresión, *no son un sujeto pecador, sino un modo de pecar, ofrecido al hombre*” (1992, pág. 432). Si nos remitimos a una fuente directa, citada en el mismo texto, Ambrosio de Milán diría: “la mujer es quien ha sido autora de la falta para el hombre, no del hombre para la mujer”.

Llegados a este punto nos parece necesario acudir a la medicina para continuar con nuestro análisis. El cuerpo humano fue estudiado por los “médicos” medievales, pero también por los filósofos, lo cual va a generar una serie de concepciones en las que los límites de lo físico y lo mental se hacen indefinibles. Autores de la antigüedad se convierten en pilares de dichos estudios, una figura como la de Galeno se convertirá el abanderado de los médicos, y Aristóteles, el de los filósofos. Las diferencias entre estos dos, y por lo tanto entre las concepciones de cada disciplina, se verán claramente definidas en asuntos como el semen femenino. Para Galeno su existencia es incuestionable, Aristóteles, por su parte, lo negará de la forma más categóricamente posible².

2 Para ampliar la información respecto a dicha polémica remitirse al texto ‘Sexualidad y saber médico en la Edad Media’ de Danielle Jacquart y Claude Thomasset (1989), p. 57 a 67.

Desde una mirada propia del siglo XXI es posible cuestionar el porqué de la existencia de un término como semen femenino, a sabiendas de que este no existe. Sin embargo, no se puede olvidar que en el medioevo “la mujer está descrita por referencia al hombre” (Jacquart & Thomasset, 1989, pág. 25), lo cual implica una analogía en todos los planos del cuerpo, aunque se recalque siempre en la inferioridad femenina, pues, para ellos, la mujer es inferior desde el momento mismo de su existencia. No se puede olvidar que semen significa semilla y para los medievales, hombre y mujer nacen de ellas y las producen, igual que las plantas.

La reina del cielo contra la reina infierno

“En el reino de lo invisible dos ejércitos se enfrentan, el del Bien y el del Mal” (Duby, *El año mil*, 1992, pág. 95). En su analogía femenina la virgen María encarna el bien; Eva, el mal. María es la proyección de mujer que está fuera del alcance de este mundo, es la madre; Eva es la hija del diablo. El pensamiento medievalista ubicaría a las mujeres como hijas de Eva, jamás como hijas de María.

El relato del génesis es bastante claro en dos cosas: la primera es el hecho de que la mujer surgió del hombre, lo cual le da primacía a este. La segunda es la culpabilidad de Eva en el pecado original. “Eva se ha dejado seducir por el demonio y con él entra en el mundo del pecado original, la muerte, la condenación eterna...” (pág. 432). Precisamente a causa de la imagen de Eva aparece una idea en la cual las mujeres, si alguna vez quisieran alcanzar la salvación, tendrían que redimirse dos veces, por dos causas diferentes: una por ser pecadoras y otra por ser mujeres. Lo cual, si se mira bien, es una sola pues mujer igual pecadora, pecadora igual mujer.

Por su parte, la virgen María es “sola, sin parangón”; está más allá de cualquier aspiración humana, lejos, muy lejos de las mujeres, pues es la madre del hijo de Dios y siempre se mantiene virgen. Es la oposición absoluta de Eva: “María, madre de todos los que viven por la gracia. Eva, madre de todos los que viven por la naturaleza”³.

3 Afirmación realizada por Geoffroy de Vendôme, monje benedictino de finales del siglo XI.

Hasta ese punto la idea de estas dos mujeres se movía perfectamente dentro de los cánones de dualidad propios del medioevo. Pero respondiendo a la tendencia eclesial de crear puntos intermedios a fin de acercar más a los adeptos, aparece en el siglo XII la figura de María de Magdalena, lo cual significa que para el siglo XII se tenían tres ideas sobre la mujer: la tentadora, la reina del cielo y la pecadora redimida. En esta última es donde encajaba la figura de Magdalena, una mujer –de hecho son tres pero para fines prácticos la iglesia las reúne en una sola– que habla de la “tragedia” femenina y de cómo la única alternativa de salvación podía “venir del arrepentimiento y la penitencia, en el castigo de esa carne culpable” (1992, pág. 50).

De cualquier modo, y sin importar cuán positivo pueda sonar esta figura a la luz del feminismo moderno, María Magdalena no era un discurso de mujer dirigido a mujeres, sino a hombres, a clérigos, a monjes. Para justificar este punto hay que decir algo, y es que los hombres varones tenían un lado femenino: el alma. Ésta, por su condición de “mujer”, refleja la fragilidad humana, la tendencia pecaminosa a la carne. El alma se humilla ante Dios por el pecado cometido al igual que lo hace María Magdalena, he ahí la conexión.

Los varones, sensibles a la carne, reconocen su pecado y se arrepienten. Es por ello que María Magdalena se convierte en su ejemplo. Para ellos, la mujer redimida no es más que el alma confesamente pecadora de los varones.

Sobre la noción de pecado medieval habría que notar tres asuntos, uno de ellos es la diferencia entre pecado venial y pecado mortal. La fornicación, de la cual se acusa a muchas mujeres, es, por ejemplo, un pecado venial, a estos se les otorgaba un privilegio relativo de perdón. Los pecados mortales, que en teoría condenaban eternamente al hombre, son también “negociables” con la Iglesia, con Dios y con los santos.

El segundo, es acerca de la Iglesia y la relevancia que esta le da a la confesión, puesto que, a través de ella, les era posible enterarse de las faltas de sus fieles. En ese sentido, el arrepentimiento era esencial, en tanto conducía a la confesión. “La absolución venía inmediatamente después del reconocimiento de la culpa, porque lo más importante era la confesión, y por lo tanto, el examen de conciencia” (Verdon, 2006, pág. 31).

Por último, vendría la concepción de penitencia como paso final para el perdón divino, si bien era necesario reconocer la culpa, era aún más imperioso redimirse a través de la penitencia.

La venenosa

Según Jacques Dalarun, Marbode de Rennes, un clérigo de principios del siglo XI, sentenció su disgusto por la carne y la mujer de este modo: "...tentadora, hechicera, serpiente, peste, polilla, prurito, veneno, llama, embriaguez, raíz del mal, rebrote de todos los vicios" (pág. 55)

Si analizamos bien, vemos como, a pesar de que todos los conceptos parecen apuntar a diferentes aspectos de lo femenino, seis de ellos podrían agruparse en una misma idea. Tentadora, serpiente, veneno, peste, embriaguez y origen de todo mal hablan de una misma cosa: la figura de la serpiente como encarnación de la mujer y viceversa.

Dentro de la idea de mujer como tentadora –de hecho ésta es la única idea válida para todas pues se sabe que la mujer es hija de Eva y no de María– recordemos la significación de la figura de Eva dentro del Génesis: ella se dejó seducir por la serpiente, quien a su vez se identifica con el diablo y tendrá como herramienta o aliada a la mujer. El pecado original pone a la serpiente y a la mujer en un mismo nivel.

Como ya hemos dicho, la mujer no era otra cosa que la proyección del deseo (culpable) del hombre, como prueba de ello está la "representación de la serpiente tentadora, que en la escena del pecado de Adán y Eva, puede mostrarse con una bella cabeza de muchacha" (pág. 429). Así pues, la figura simbólica de la serpiente es una creación anterior a la Edad Media.



Imagen tomada de <http://adanyeva1bach.blogspot.com/>

Para explicar esta relación mujer-serpiente, al igual que con todos los asuntos relacionados con el cuerpo femenino, existían dos teorías: la de los clérigos-filósofos y la médica. No obstante, por circunstancias propias de la época, tienden a mezclarse dentro de un mismo discurso. Quizá el elemento en común más importante de cada una de estas teorías es la menstruación. Así como la investigación sobre el esperma femenino, la menstruación se configuraba como una incógnita para el mundo medieval, aunque sobre ésta, es claro, no se discutirá su existencia, pues era un hecho.

Las menstruaciones eran llamadas flores pues, “de la misma manera que los árboles no producen frutos sin flores, así también las mujeres sin flores se ven privadas de su función de concebir” (Jacquart & Thomasset, 1989, pág. 67). Justamente esa metáfora de las flores constituía la primera función atribuida a la sangre menstrual, la de concebir. Es pertinente aclarar que dicha atribución no se entiende de la forma actual, para ellos la sangre tenía varios cometidos, dentro de ellos alimentar al feto mientras estaba en la matriz de la madre y como humor femenino expulsar residuos e impurezas.

La segunda función está directamente relacionada con la simbología de la serpiente y la expulsión de dichos residuos. La mujer en el periodo menstrual se hace más impura que nunca, la eliminación de las superfluidades de su organismo es análoga a la expulsión de veneno, enfermedad y muerte. ¿Qué hacen las serpientes? Engañar, morder y envenenar. ¿Qué hacen las mujeres? Tentar, obligar a pecar y envenenar. Ellas “muerden y matan como una serpiente” (1992, pág. 584).

Los orígenes mítico-religiosos de la fisiología medieval crean una certeza sobre la relación del periodo menstrual y la transmisión de veneno, en especial a través de los ojos, los cuales revelan el interior. Se creía que durante ese periodo, la mirada de las mujeres poseía capacidades atroces, por ejemplo, en el *Tratado sobre los sueños*, citado por Jean Jacquart y Claude Thomasset, se dice que “en la superficie de los espejos perfectamente limpios se forma como un vaho sanguinolento si las mujeres dirigen su mirada sobre ellos durante la menstruación” (pág. 71). Es interesante ver cómo de esta certidumbre surge uno de los monstruos del bestiario medieval: el Basilisco, que se sabe, puede matar con la mirada.

Por otra parte, enfocando esta simbología serpiente-mujer desde las representaciones artísticas, es posible ver cómo en la mayoría de casos las

serpientes tienen rostros femeninos. La Iglesia se valió del arte para ilustrar los miedos y pecados, y como las personas no sabían leer, la mejor solución para penetrar su discurso fue a través de las palabras, representaciones e imaginarios. El pecado tendría siempre rostro de mujer.

Conclusión

Parece que no existen mejores palabras que las dichas por Claudia Opitz en la recopilación dirigida por Georges Duby, previamente citada:

Que la sociedad medieval fue una sociedad masculina o, digámoslo de otro modo, una sociedad esencialmente influida por lo masculino, es algo indudable. Sus manifestaciones culturales llevan el sello de la dominación masculina, de las luchas por el poder y de los prejuicios propios de los hombres. Si se atiende a las fuentes, las mujeres sólo figuran en esta sociedad como ideas, ídolos, o como enemigas, es decir en calidad de fantasías masculinas. (1992, pág. 321).

Se sabe que quedan muchos asuntos importantes en el tintero, por ejemplo, las prostitutas quienes, debido al crecimiento de las ciudades, incrementan su popularidad a finales de la Edad Media, momento en el cual se conocen como meretrices. A los ojos del clero el pecado femenino llegaba a su máximo esplendor. Sin embargo, se cree haber ofrecido una síntesis de los aspectos más relevantes del imaginario del cuerpo femenino, recordando siempre que para los hombres medievales la existencia de la mujer es una muestra tangible de la tentación creada por el diablo, es más, podría afirmarse que si para ellos el hombre era la prueba de la existencia de Dios, la mujer era la prueba de la existencia del Diablo.

Referencias

- Duby, G. (1992). *El año mil*. Barcelona: Gedisa.
- Duby, G., & Perrot, M. (1992). *Historia de las mujeres en Occidente. La Edad Media. Tomo 2*. Madrid, España: Taurus.
- Jacquart, D., & Thomasset, C. (1989). *Sexualidad y saber médico en la Edad Media*. Barcelona: Labor Universitaria. Monografías.

LeGoff, J. (1996). *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*. Barcelona: Gedisa.

Rossiaud, J. (1986). *La prostitución en el Medievo*. Barcelona: Ariel.

Verdon, J. (2006). *Sombras y luces de la Edad Media*. Buenos Aires: El Ateneo.

